

## Trabajo social: perspectivas contemporáneas

HEALY, Karen<sup>1</sup>. *Trabajo social: perspectivas contemporáneas*.

Madrid: Ediciones Morata, 2001.

Por Teresa Matus Sepulveda

Tal vez, la primera aclaración es, pensar el texto desde su título original: *Social work practices: contemporary perspectives on change*, porque coloca el acento en dos claves centrales que son las que se despliegan en el libro: la importancia que la autora da a la relación entre discursos y prácticas sociales y el asumir que las perspectivas contemporáneas en Trabajo Social se encuentran en un momento de cambio.

El núcleo central de estas transformaciones para Healy, consiste en abrir las posibilidades de un Trabajo Social radical y crítico a posturas post estructuralistas. Diferenciándolas de su homogenización, con las posiciones posmodernas, abre un flanco para repensar la diversidad actual de la disciplina. Como ella misma sostiene:

En el transcurso de la historia del trabajo social moderno, los activistas han tratado de articular el potencial radical del trabajo social. Mediante sus interrogantes críticos, estos pensadores han contribuido a la evolución y, en ciertos casos, a la subversión del trabajo social. No obstante, con mucha frecuencia, los trabajadores sociales tienen dificultades para llevar a la práctica un compromiso activista, y el distanciamiento entre teoría y práctica ha aumentado de manera considerable, a pesar de las apelaciones a la “praxis” que se hacen en gran parte de la bibliografía contemporánea sobre trabajo social. En vez de ser algo que ayude a los trabajadores sociales a comprender y desarrollar la práctica, a menudo la teoría se contempla como algo autoritario y esotérico, en el peor de los casos y, en el mejor, como un añadido a la práctica, en vez de cómo un elemento útil para la misma. La aventura que emprendo con este

libro consiste en demostrar las oportunidades que proporcionan los desarrollos teóricos recientes en relación con diferentes formas de pensar y de hacer un trabajo social progresista (p. 11).

Como podemos apreciar, lo que la autora busca es colocar dentro del arco progresista y crítico al Trabajo Social pos estructural y uno podría leer todo el texto en esta clave. De allí que el índice refleje estos caminos, ya que se abre con los retos de nuestro tiempo para el Trabajo Social, discute nuestra herencia y la naturaleza de nuestro presente:

En este punto de la historia del trabajo social crítico, el centro de atención de este libro es importante. La entrada de un nuevo milenio es un buen momento para que los trabajadores sociales críticos reflexionen sobre la herencia transmitida mediante los impulsos teóricos y prácticos que han fomentado la aparición de unos enfoques prácticos activistas en la segunda mitad del siglo XX. También constituye una oportunidad de evaluar las trascendentales controversias que acosan en la actualidad a los trabajadores sociales comprometidos con el cambio social progresista (p. 11).

Es interesante el diagnóstico social que acompaña el argumento del texto ya que para ello las espectaculares transformaciones socioeconómicas que se ha producido en el ámbito internacional en las dos últimas décadas configuran un panorama muy diferente para el trabajo social con respecto a las teorías prácticas críticas que destacaron por primera vez en los años sesenta. La masiva agitación social y económica que acompaña la globalización y el abandono a gran escala del estado de bienestar significan la desaparición de las certezas sobre la oferta básica de servicios sociales, y son pocas las posibilidades de una reorganización progresiva de los servicios de bienestar. De hecho, quienes, desde hace mucho tiempo, vienen criticando el estado de bienestar contemplan ahora con nerviosismo el desmantelamiento y la reestructuración de un estado de bienestar reducido a la mínima expresión (p. 12).

Dentro de este escenario, critica duramente el lenguaje del gerencialismo, que se introdujo por primera vez en el discurso sobre el bienestar en la década de los setenta, ha logrado ejercer su influencia (DAVIES, 1990). La terminología que alude a la producción escasa, la reingeniería, la escisión entre comprador y proveedor, las entradas y las salidas constituye, en la actualidad, una jerga corriente

en la organización de los servicios sociales, hasta el punto de que “¿quizá no sea exagerado decir que ha llegado el estado de *McWelfare!*” (p. 12).

Asimismo, es enfática en iluminar cómo la función de los trabajadores sociales se ha simplificado a medida que su papel ha ido reduciéndose al mínimo y a la gestión de los “casos” de los usuarios de los servicios. Como observa Parton (1994), escribiendo desde la perspectiva del contexto británico: “a los trabajadores sociales, reconvertidos en gestores asistenciales, se les exige que actúen como coordinadores de paquetes asistenciales para las personas interesadas” (p. 12).

Es justamente de este diagnóstico de funcionalización y de degradación de sentido del Trabajo Social que Healy levanta polémicamente el considerar que en las teorías post estructurales, especialmente en Foucault, existe una fuente teórica que podría ser una aporte a las discusiones sobre separación de teoría y praxis, así como el entender de otro modo el punto de inflexión de la crítica. Haciendo una apuesta osada sostiene que el espíritu de la crítica en la actualidad estaría más cerca de estas posiciones que una cierta ortodoxia estructural, inclusive dentro del propio marxismo. Es decir, le concede un peso mayor a la carga de estructuralismo que el pensamiento tenga, y en la medida que ella sea acentuada, la tornaría más ortodoxa, pero no necesariamente más crítica. En sus propias palabras:

A pesar de la oposición de muchos trabajadores sociales críticos a las perspectivas postestructurales, resulta cada vez más difícil ignorar los retos que se lanzan por medio de ellas. Es fácil ser pesimistas cuando las certezas que guiaron el activismo sirven poco ante los retos a los que nos enfrentamos. Sin embargo, creo que hay cierta base, muy limitada, para el optimismo. Cuando las afirmaciones de verdad y los grandes planes de trabajo social crítico ceden la fuerza de los retos políticos y teóricos, surgen nuevas orientaciones. Algunas resultan claramente poco prometedoras cuando se desciende al abismo de un estado de bienestar postfordista, en el que la función del trabajo social se reduce a atender a minucias y poner parches, sin esperanza de un mañana mejor. Sin embargo, al mismo tiempo, las pruebas que se plantean al final del presente siglo pueden llevar a los activistas a un nuevo pragmatismo, centrado en propuestas locales, contextuales, y modestas para modificar la actividad. A pesar de las críticas de los activistas respecto al carácter y al lenguaje esotérico del postestructuralismo, los elementos críticos de esta escuela invitan a reexaminar los problemas prácticos a los que se enfrentan los trabajadores sociales y los usuarios de los servicios, en relación con los problemas locales del poder, la identidad y los procesos de cambio, y este libro pretende exponer estas posibilidades (p. 13).

Como es posible observar su estrategia es clara. Su obra consiste en proponer dos partes. En la primera, revisa las premisas, con frecuencia no expresadas aunque también indiscutidas, de las que depende el trabajo social crítico, y las consecuencias de estas estrategias para representar y realizar la práctica del trabajo social. La segunda parte de la estrategia supone reexaminar las posibilidades y limitaciones de las teóricas críticas postestructurales para reflexionar de modo diferente sobre el poder, la identidad y el cambio de la práctica.

En esto hay una propuesta que cambia la concepción y efectivamente coloca un cambio en el espectro y el horizonte del Trabajo Social contemporáneo: Healy redefine la denominación de trabajo social crítico, dándole cabida en él a un Trabajo Social postestructural:

Hay un amplio conjunto de modelos que pueden considerarse críticos: trabajo social antirracista y multicultural; trabajo social antiopresor y antidiscriminativo; trabajo social feminista; diversas ramas de trabajo comunitario; trabajo social marxista; trabajo social radical; trabajo social estructural. A pesar de las diferencias significativas y, en ciertos casos, de los antagonismos entre estos modelos, los enfoques del trabajo social crítico comparten una orientación hacia la transformación social radical (p. 13-14).

En este libro, por tanto, el objetivo de la autora consiste en contribuir a la reorganización y la diversificación de las ideas y prácticas del trabajo social crítico. Con el fin de alcanzar esta meta, ella desmantela algunas de las posturas que se han elaborado acerca de lo que “es” trabajo social crítico. Esto no sólo es una tarea difícil a causa de las complejidades del trabajo social progresista en la sociedad contemporánea, sino también por la categoría, con frecuencia no manifestada y, sin embargo incuestionable, de muchas de las afirmaciones fundamentales de verdad del trabajo social crítico. Como ella misma plantea:

Es sorprendente que, mientras que los trabajadores sociales activistas fustigan el trabajo social ortodoxo y se muestran profundamente autocríticos sobre sus propias relaciones con los consumidores de servicios sociales, sigue en pie una “confianza asombrosa” en el potencial emancipador de los modelos críticos de práctica (p. 14).

Al reflexionar sobre el trabajo social crítico, ella elabora la proposición de que dicho trabajo, tal como está configurado en la actualidad, margina las dimensiones

del trabajo social activista. Mientras que los modelos críticos en los que se basan los activistas dan paso a visiones que son importantes para los trabajadores sociales, a menudo dejan poco espacio para poner de manifiesto las contradicciones, las incertidumbres, la variabilidad contextual dentro de los contextos de la práctica activista y las demandas específicas relacionadas con la práctica del trabajo social sobre todo en ambientes convencionales. “La reducción al silencio de las características locales de la práctica no es un descuido, sino, más bien, un hecho inherente a las formas de representar la práctica del trabajo social y los procedimientos de práctica del trabajo social crítico” (p.15).

Llegados a este punto, Healy realiza su propia apuesta conceptual:

Las teorías críticas postestructurales pueden tener una intervención importante para destacar y desestabilizar las ortodoxias que se han convertido en características indiscutidas de los modernos discursos de la práctica crítica. Al hacer hincapié en lo local y lo contextual, la teórica crítica postestructural puede comenzar la organización de las teóricas prácticas críticas desestabilizando la oposición entre totalidad social, donde se supone que están las causas y las soluciones de los problemas sociales, y las localidades en las que se lleva a cabo el trabajo social real. Este trabajo desestabilizador puede ayudar a los trabajadores sociales a extender y diversificar lo que se considere cambio social y, por tanto, lo que pueda calificarse como prácticas de trabajo social crítico (p. 16).

Asimismo, deja claro las brechas entre postestructuralismo y posmodernismo:

Al analizar la relevancia de la teoría “post” contemporánea para el trabajo social, me refiero sobre todo a la obra de Foucault y de las feministas radicales postestructurales, más que a otros autores más ligados a ese movimiento denominado posmodernismo. La razón de esta orientación es que el trabajo de estos autores postestructurales proporciona unas herramientas útiles para la desestabilización y reorganización de las teorías del trabajo social, sin perder la orientación hacia unas prácticas políticas progresistas (p. 17).

En el texto los términos “postmodernismo” y “postestructuralismo” se utilizan consecuentemente de forma distinta, haciendo entre ellos claras diferencias. Incluso la autora hace una revisión de estas semejanzas y diferencias, con el fin de alertar al lector sobre la orientación adoptada en su libro. Recordando al propio Foucault,

Healy señala que: “No comprendo qué clase de problema es común a las personas que llamamos postmodernas y postestructurales. No obstante, hay algunos temas comunes que delimitan las ideas postmodernas respecto a las relacionadas con el postestructuralismo” (p. 17).

Ahora bien, ambas escuelas de pensamiento discuten las grandes construcciones narrativas de la modernidad, sobre todo los intentos de explicar y transformar el todo social. Sin embargo, la base de la crítica difiere entre ambas. Por una parte, los post modernistas están desilusionados con la modernidad. Lyotard (1984) contrasta las llamadas de la ilustración al perfeccionamiento humano con la violencia y las opresiones que se han producido en el nombre del progreso. Es más, los autores postmodernos dicen que las condiciones contemporáneas de cambio y agitación constantes exceden la capacidad de comprensión o de acción directa de las grandes teorías de la modernidad (BAUMAN, 1992 *apud* HEALY, 2001, p.17). Las teorías postmodernas se fundan en la afirmación de que las condiciones contemporáneas de transformación son tan fundamentales que hay que dar nombre a las nuevas condiciones y desarrollar nuevas formas culturales con el fin de entender y comprometerse con estos tiempos inseguros (KENWAY, p.121, *apud* HEALY, 2001, p.17).

Sin embargo, entre ellas hay una distinción fundante. La teoría post estructural cuestiona al fracaso de los discursos sociales y políticos contemporáneos para aceptar el poder constitutivo del lenguaje. Los post estructuralistas se muestran especialmente críticos frente a los aspectos humanistas del pensamiento de la ilustración, que se basan en unos supuestos sobre la coherencia de la identidad individual y que se colocan a los humanos como momento central para determinar el curso de la historia. Butler (1995) distingue de este modo entre el postmodernismo y el post estructuralismo: “Hay una diferencia entre las posturas del postestructuralismo, que sostienen que nunca haya existido un tema, y las posturas postmodernas, que afirman que el tema en cuestión tuvo integralidad, pero ya no” (p. 17).

En pocas palabras, el problema de las formas modernas de entender las cosas es que dan demasiada prioridad a la acción individual como motor del cambio y prestan excesivamente poca atención al poder de los discursos para configurar las realidades sociales que experimentamos. El énfasis post estructural e las propiedades constitutivas del lenguaje pondría en cuestión los supuestos clave, como las ideas de identidad y de cambio, en los que se han fundamentado las teorías modernistas del trabajo social, fuesen conservadoras o radicales. También muestra otra diferencia:

A pesar de su profundo escepticismo respecto al humanismo, las teorías post estructurales han adoptado una postura menos despreciativa que los post modernistas frente a los ideales de la acción autónoma y las posibilidades de formas progresistas de cambio social de la ilustración. Foucault sostiene que uno no tiene que estar ‘a favor’ o ‘en contra’ de la ilustración... uno tiene que rechazar todo lo que pueda presentarse en forma de alternativa simplista o autoritaria. En este contexto, el quid de la cuestión está en interrogar y diversificar los enfoques del cambio progresista, en vez de en abdicar por completo de estos ideales. En contraste con las grandes y utópicas visiones que han servido de base para las teorías activistas de trabajo social, el post estructuralismo muestra unos enfoques del cambio social que son endogámicos, pragmáticos, flexibles y sensibles al contexto, y que exigen que los activistas adopten una actitud críticamente auto reflexiva frente a los efectos de sus ideales emancipadores. Si puede hablarse de una meta de la política emancipadora post estructural, ésta consiste en la creación de las condiciones para el dialogo y la controversia. Yeatman (1994) dice: “el estado ideal no es la superación de la dominación de una vez por todas, sino unas formas imaginativas y creativas de resistencia positiva a los diversos tipos de dominación (p. 18).

Una afirmación en la que se basa este libro es que los trabajadores sociales críticos, como los ortodoxos a quienes critican, están encerrados al dinamismo y la diversidad de prácticas de trabajo social. Los intentos de los trabajadores sociales ortodoxos y radicales por localizar la esencia del trabajo social dejan de lado la posibilidad de que no exista tal “cosa” como un trabajo social independiente de los contextos en los que se lleva a cabo.

Ahora bien, la autora es consciente de la desconfianza que el postestructuralismo causa en muchos trabajadores sociales:

muchos están preocupados por las consecuencias nihilistas y conservadoras de las filosofías postestructurales. Cuestionan la utilidad del postestructuralismo, basándose en que ofrece pocas verdades o directrices para la práctica y amenaza con destruir los ideales emancipadores que han constituido los fundamentos del trabajo social crítico. No consigue proporcionar un marco de referencia para una práctica progresista porque es incapaz de “especificar posibles mecanismos de cambio y... de manifestar por qué es mejor cambiar que no cambiar” (PARTON, 1994b, p. 110, *apud*. HEALY, 2001, p.19).

Y, desde ya la propia autora toma una cierta distancia de la adopción directa y un poco enceguecida:

la utilización de la teoría postestructural que propongo no supone la adopción directa de estas perspectivas. Aprovecho, en cambio, las oportunidades que ofrece el postestructuralismo para desestabilizar las afirmaciones de verdad acerca de lo que sea el trabajo social, sobre todo de lo que se interpreta como practicas emancipadoras, de manera que pueda seguir un conjunto diverso de prácticas progresistas. Mi principal centro de atención consiste en la extensión del trabajo social y, de acuerdo con esta orientación, es necesario preguntarse también por las limitaciones de la teoría postestructural con respecto a la práctica del trabajo social (p. 19).

Por lo tanto, ella va a examinar la disonancia entre las teorías de la emancipación y de las prácticas del trabajo social, incluida la práctica crítica.

Son muchos los daños que, para los trabajadores sociales, se derivan de esta falta de teorías basadas en la práctica y relevante para la misma; y no es menos importante la virtual carencia de conocimientos formales sobre la práctica progresista en contextos convencionales de práctica y sobre las operaciones de poder incluso en los lugares de práctica activista. En cambio, el análisis que se lleva a cabo en este libro se desarrolla, en parte, dentro de los contextos concretos de práctica. Pretendo utilizar la práctica para interrogar a la teoría y viceversa (p. 20).

Al poner de manifiesto algunas limitaciones de las teorías emancipadoras sobre la práctica del trabajo social, incluido el propio post estructuralismo, Healy abre el canon crítico a las complejidades y contingencias de las prácticas de trabajo social. Pienso que lo más interesante del texto no es si los lectores compartimos las apuestas y las formas en que la autora va seleccionando, separando, diferenciando una cosa de la otra, sino que su análisis, incluso para los que como yo, nos situamos claramente en otro enfoque, nos pone al frente un texto agudo, un reto hacia nuestra propia forma de debatir. Ella lo sostiene con claridad: “En consecuencia, pretendo contribuir a la transformación de lo que, a menudo, es un monologo, al menos, dos conversaciones independientes, en un intercambio más dinámico”(p. 21).

Es desde allí, que este me parece un texto interesante, polémico, que nos instala en una duda razonable hacia la forma de concebir el propio universo del Trabajo Social contemporáneo. Esto es especialmente importante porque en



el caso del siglo XXI, los trabajadores sociales críticos nos enfrentamos a unos retos trascendentales.

los sueños de un futuro mejor, en los que se basan los movimientos sociales contemporáneos y la práctica crítica del bienestar, se convierten en pesadillas para quienes dicen que van a liberar. Como trabajadores sociales progresistas, no podemos ignorar la necesidad de cambios estructurales importantes. Sin embargo, para evitar las prácticas totalizadoras y autoritarias a las que han llevado los grandes planes de la modernidad, debemos aprender a celebrar unas victorias, aparentemente menores y locales, que favorecen a los marginados. Por lo menos, las visiones y las teorías “post” exigen la reevaluación de los cambios locales, diferenciándolos y, desde luego, no infravalorándolos con respecto a las aspiraciones de transformación total que desde hace mucho tiempo han guiado la crítica. Los trabajadores sociales críticos no están de acuerdo con el rumbo que deben tomar, y algunos muestran cierta desesperanza al respecto. En este libro, pretendo abrir el trabajo social crítico a diversas orientaciones que puedan tomar las teorías críticas postestructurales y, de ese modo, ayudar a reflexionar sobre las posibilidades de prácticas progresistas en el nuevo milenio (p. 23).

Por último, no tengo duda del carácter polémico del texto, justamente porque remueve, muchas veces en una forma y desde teorías que no comparto, esa cierta base monolítica de ortodoxia que ha existido y existe en diversas perspectivas del Trabajo Social actual. Tal vez lo que yo encuentro más peligroso del momento presente es una cierta ceguera totalizante que, incluso a nivel de formaciones más avanzadas como un doctorado, sencillamente desconocen estos debates. Si por un entusiasmo desbocado yo comienzo a confundir mis propias apuestas con el universo disciplinar, poco a poco se olvidan justamente las razones de lucha por la hegemonía que conlleva una argumentación y un debate con un universo amplio. Sea cual sea el enfoque que uno comparta, no puede reducir el Trabajo Social al pensamiento propio. Por ese camino no sólo se disuelve el pensamiento propio sino el propio sentido crítico del Trabajo Social. De allí que este texto sea en esos debates, un imprescindible.

## Notas

- 1 Karen Healy es profesora de Trabajo Social en la Universidad de Sydney, Australia y el libro tuvo su primera aparición inglesa por Sage Publications of London en el 2000

Recebido em setembro de 2010, aceito para publicação em novembro de 2010.